

te.» ; Con qué consuelo se lee el siguiente pasaje en las obras de S. Efrén! «Virgen santa é inmaculada, ven en nuestro auxilio en todas nuestras necesidades y defiéndenos de los asaltos del demonio á la hora de la muerte, porque no tenemos mejor abogada que tú.» «Y en otro lugar: «Virgen madre y madre de misericordia, que eres la misma bondad y dulzura, asisteme en el discurso de mi vida y especialmente á la hora de mi muerte: aparta de mi pobre alma las miradas espantosas de los demonios enfurecidos y no permitas que se me acerquen: toma á tu cargo mi causa en el dia terrible del juicio y haz que participe yo de la gloria que me adquirió tu amado hijo (1).» Por aquí se ve fácilmente con cuán justa razon nos enseña la santa iglesia que con nuestras continuas oraciones obliguemos á la Virgen á socorrernos en esta necesidad y á pedirle ruego por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte (2).

III. Pero para hablar distintamente de los buenos oficios que la Virgen santísima hace á los suyos en esta ocasion, es de notar que nuestro temor de la muerte nace principalmente de cinco cosas. La primera es la muerte misma, en cuanto es una separacion violenta del alma, acompañada de muchos accidentes contrarios á

(1) Orat. ad Virg.

(2) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — «Si tenemos las ideas que debemos del poder y bondad de esta divina princesa; fácilmente nos persuadiremos á que nadie ni en el cielo, ni en la tierra puede con mas ventaja, ni desea con mas amor asistirnos en aquel instante, del que depende nuestra dicha ó desdicha eterna. Aunque la caridad de los

santos y de los ángeles es grandísima y tienen mucho zelo por nuestra salvacion, no es comparable al incendio de amor que abrasa el corazon de la madre de misericordia; y además una palabra suya, un suspiro de su casto pecho es mas eficaz para con su hijo que la intercesion de todos los santos juntos, aunque sea muy importante su valimiento.»

nuestras inclinaciones y sentimientos naturales. La segunda es la incertidumbre de la hora de este suceso, que por otra parte sabemos ser inevitable. La tercera es la guerra cruel que entonces nos hacen nuestros enemigos invisibles, sabiendo muy bien que en aquel punto se trata de perderlo ó ganarlo todo. La cuarta es el exámen riguroso de nuestra vida, que se hace inmediatamente despues de la muerte y es seguido de la sentencia definitiva de nuestra felicidad ó desdicha eterna. La quinta es el fuego voraz en que son sumergidas las almas para purificarse de las manchas é imperfecciones que no lo fueron en esta vida por la penitencia: de ese fuego se libran pocos aun de los mas justos. Páreceme que cuando yo haya hecho ver los rasgos singulares de bondad de la madre de Dios en todas estas ocasiones, habré satisfecho en algun modo á lo que puede desearse en esta parte.

§. II.—Cómo la Virgen santísima conforta á los suyos contra el temor natural de la muerte.

I. ¿Veis ese bajel sorprendido por la borrasca en alta mar y que de un instante á otro aguarda ser tragado por las olas alborotadas? El cielo le amenaza con sus relámpagos y truenos; la oscuridad le amedrenta; los vientos le combaten reciamente. Roto ya el mástil, llevado el gobernalle, quebradas las antenas, hechas trizas las velas, se arroja al mar el cargamento; no obstante por todas partes el bajel hace agua, y toda la tripulacion clama misericordia. Allí se ve la verdadera imágen de un hombre agonizante, que dice con el profeta David: Los dolores de la muerte me rodearon por todas partes (1).

(1) Salmo XVII.

La razón, que es como el cielo del alma, se halla oscurecida por las muchas nubes y vapores que se levantan: la voluntad queda sin fuerza ni vigor: la imaginación está turbada: las pasiones y especialmente el temor y la desesperación agitan el alma y parece quieren echarla á pique á manera de vientos impetuosos: el cuerpo flaquea en todos sus sentidos y miembros: hay que despedirse para siempre de todos los objetos mas queridos y partirse á una region desconocida. Oh muerte, dice el Sabio (1), ¡cuán amarga es tu memoria para un hombre que tiene paz en medio de sus riquezas!

II. ¿No sería una dicha inestimable estar tranquilo y gozar de bonanza mientras los demas tiemblan de miedo y estan á punto de caer en las garras de la muerte? Pues esa es la condicion de los siervos de María, porque así como le fué siempre agradable la vida de ellos, así es preciosa en su presencia la muerte de los mismos. Entonces es cuando acude en su ayuda para recompensar los buenos servicios que le han hecho, y coronar con un tránsito dichoso las virtudes que han practicado en honra suya. Reparad las palabras que dirige á los que no tuvieron cuidado de recurrir á ella en vida: son las mismas que se leen en el capítulo LXV de Isaias. Muchas veces os convidé á que me tuviérais una devoción y afecto particular, y no hicisteis caso; oid lo que os acontecerá. Vé aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendreis hambre: vé aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendreis sed. Vé aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros sereis confundidos. Vé aquí que mis siervos cantarán alabanzas por la alegría del corazón, y vosotros dareis gritos por el dolor del corazón. ¡Ojalá tuviera yo medio de expresar los extraordinarios

(1) Eccli., XLI.

efectos de la bondad de esta cariñosa madre para con los suyos en semejante trance y los testimonios que reciben de ella de que su muerte es preciosa en presencia de la misma (1). Es imposible decir cómo va preparando de mucho tiempo atrás sus ánimos y habituándolos temprano al pensamiento de la muerte. En lugar de esas aprehensiones gentílicas y profanas que nos la figuran como la cosa mas horrible del mundo, sugiere pensamientos cristianos y sobrenaturales, que la pintan como el sueño de los justos y el tránsito á la inmortalidad. En lugar de ese terror pánico que la idea sola de dejar todas las cosas perecederas suele infundir en los demas, ella les inspira la grandeza y la estimación de los bienes eternos. En lugar del temor que tienen de la disolución del cuerpo separado del alma, les da un gozo de verse pronto libres y exentos de la servidumbre del mismo cuerpo. Les pone delante el fin precioso y feliz de los que han confiado en ella: los hace desear ardientemente ver al rey de la gloria en su magnificencia, contemplar al Salvador del mundo en su hermosura y bendecirle por todos los siglos: les conforta el corazón contra los trabajos del cuerpo y se los hace recibir como la materia de que ha de tejerse su corona: calma el excesivo temor que tendrían, con la esperanza de la resurrección y de los

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur.—«Ella los hace acordarse de estas palabras dulcisimas: El que teme á Dios, será dichoso en su fin. Ella les dice interiormente estas palabras del discípulo amado: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque al punto les dice el espíritu que descansan de sus trabajos, pues los siguen sus obras. Ella les promete el cumplimiento de estas palabras de Job: Que á la hora de la tarde será alumbrado con la luz del mediodía, y que cuando le parezca que va á ser apagada, relumbrará como una estrella; es decir que á la hora de su muerte columbrarán la claridad y la gloria que les está preparada, y al mismo tiempo que lloran los otros, ellos serán consolados por Jesus y por María, en quienes pusieron toda su confianza.»

bienes que han de poseer en la casa de Dios: disminuye la dificultad que cuesta el separarse de los parientes y amigos, con la idea del trueque que hacen de las criaturas por el Criador, el cual les sirve de padre y madre, de hermano y esposo y de cuanto pueden apetecer, y con el pensamiento de la amable compañía que encontrarán en el cielo. En fin llena todas las potencias del alma de una paz que excede sin comparacion á todas las delicias de la tierra.

III. Si no obstante parece alguna vez que sufren mucho y se hallan en grandes angustias, ha de creerse que es solo exteriormente; pero en lo interior ella los mantiene siempre firmes y resueltos á cumplir la divina voluntad. Digo esto con tanta seguridad, que me parece sería en vano presentar razones; porque ¿qué entendimiento recto no se persuade fácilmente á que la que asistió con tan particular esmero y amó con tal ternura á los suyos mientras vivieron, no querrá faltarles en aquel instante en que los peligros son mayores y los combates mas arriesgados, en que se trata de echar el sello á su predestinacion y colmar con el último rasgo todas las finezas que les hizo en vida? Así juzguen los demas como quieran: yo por mi parte no dejaré jamás de envidiar la dicha de los que mueren bajo de las alas y la proteccion de la madre de amor, porque creo firmemente que no hay una muerte tan dulce como la suya.

Santa Maria Eginacense.—S. Nicolás de Tolentino.—Santa Isabel de Sconaw (A):

IV. ¿Qué mayor ternura puede esperarse de un corazón maternal, ni qué muestra de amor se parece á la

(A) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur.*—«Llenas están las historias de los santos de testimonios de la bondad de nuestra señora en esta parte. Vé aquí un ejemplo entre infinitos. S. Fulberto, monje benedictino y luego obispo de Char-

que Dios dió á santa Maria Eginacense segun testimonio del piadoso y sabio cardenal Santiago de Vitry? Mostróle su bendita madre sentada á la cabecera de la cama de una virtuosa viuda de Villembroc en el Brabante, que le habia consagrado la virginidad de sus hijas, y calmado con un abanico el calor que abrasaba á la pobre enferma. ¿Qué muerte hay tan dulce como la de S. Nicolás de Tolentino, que seis meses antes recibió una fruicion anticipada del paraíso entre los armoniosos conciertos de los ángeles que oia todos los dias? A la hora de la muerte comenzó á cantar de alegría, y como los otros frailes admirados le preguntasen la causa, les respondió: Mi amable maestro y salvador, apoyado en su santísima madre y en nuestro padre S. Agustin, me ha dicho estas palabras: Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor. Y dicho esto espiró el santo. ¿Qué cosa mas cariñosa puede imaginarse que la respuesta que la Virgen dió á santa Isabel, abadesa del monasterio de benedictinas de Sconaw en la diócesis de Tréveris? Hallábase esta sierva de Dios en oracion un dia solemnemente encomendándose fervorosamente á Maria santísima y suplicándola se dignase de asistirle en la última hora, para que muriese como una verdadera cristiana. Hija mia, le respondió la Virgen, confia que tu muerte será no solo de una cristiana, sino de una santa. Tan cierto fué esto, que el Señor para ser glorificado por la

tres, recibió en su última enfermedad una visita de la virgen Maria, á quien habia servido fidelísimamente. Cuando entró en su aposento esta señora, viendo que era atormentado de un ardor muy violento y de una sed extremada le refrigeró con la leche de sus pechos tan abundantísimamente, que hubieron de derramarse no pocas gotas, las cuales recogidas con reverencia se guardan aun hoy en el relicario de la iglesia de Chartres. Bien era menester despues de tan especial merced morir de gozo y dejar la tierra para ir á cantar eternamente en el cielo las misericordias de la reina de los ángeles.»

muerte de Isabel y para que se edificasen muchos, re-
tuvo el alma de ella en el cuerpo diez dias enteros hasta
el viernes santo, aunque cada dia se creia que iba á mo-
rir. En todo ese tiempo padeció todo lo que una criatura
puede padecer, y fueron tan vehementes sus dolores,
que hubieran bastado á ablandar un corazon de piedra;
pero aun era incomparablemente mayor el consuelo
interior de que gozaba, porque la Virgen le habia pro-
metido que la altísima vision con que habia sido fa-
vorecida diez dias antes de morir, no se interrumpiria
por ningun caso. Así con el alma inundada de celestia-
les dulcedumbres y el cuerpo atormentado de gravísimos
dolores, llegó al viernes santo, en cuyo dia acostada
sobre el cilicio que habia de servirle de cruz, entregó
su espíritu á su esposo y salvador á la misma hora en
que este encomendara el suyo al Padre eterno. Pero
¿qué diremos de la increíble condescendencia de Dios
con los deseos de sus fieles siervos? La santa en plena
salud habia deseado algunas veces que hiciese buen
tiempo durante su entierro, para que ninguno de los
asistentes experimentase molestia ni incomodidad. El
divino esposo, deseoso de complacerla en todo, le conce-
dió esta gracia á ruego de su santa madre, y en los tres
dias del entierro, al que asistió innumerable muche-
dumbre de gentes de todas edades y condiciones, hizo
un tiempo tan templado y apacible, que fácilmente po-
dia juzgarse que Jesucristo habia querido dar este gusto
á su esposa en albricias de haber entrado en el cielo (1).

(1) Adición de la madre Ma-
ria Jacoba de Blemur. «Vé aquí
una de las muertes más dichosas
que puede suministrarnos la
historia: ocurrió en el monas-
terio cisterciense de S. Clemente
de Toledo. Maria, monja muy
joven, pero que había adquirido
la madurez de las ancianas por
su pureza de costumbres y se-
vero tenor de vida, cayó enfer-
ma, y después de largos pade-
cimientos entró en agonía la
vispera de la Asunción. En tal

El B. Bonfilio.

V. Hacia el fin del tratado primero mostré el increíble
afecto con que los siete fundadores de la orden de los sier-
vos de Maria atendieron á propagar la honra y la gloria
de su singular patrona y protectora. Razon es que diga
yo aquí dos palabras de su dichoso tránsito y que para
consuelo de los que se consagran particularmente al
servicio de la madre de Dios, ponga de manifiesto las
dulcedumbres que esta les hizo gustar en la última ho-
ra, cuando recibió en sus brazos las almas de ellos.
El B. Bonfilio, primer general de la orden, pasó de es-
ta vida á la otra el año de 1261 de una manera admi-
rable. Estando una noche después de maitines reunidos
todos los religiosos en cierto lugar segun su costumbre
oyeron una voz que decia: «Bonfilio, porque obede-
ciste á mi amado hijo y por su amor lo dejaste todo,
recibirás el centuplo y poseerás la vida eterna.» Apenas
dicho esto, el alma de aquel siervo fiel y verdadero hijo
de Maria voló á los brazos de su amantísima madre,
quien le recibió con ellos abiertos dándole desde el mis-

estado fué visitada por muchos santos y por la reina de todos ellos. La enferma pidió á esta señora como una insigne merced el pasar de esta vida á la eterna á la misma hora que ella habia subido al cielo. La Virgen le otorgó la petición, añadiendo que la haria oír los cánticos de alegría que cantaban los ángeles en su triunfo, y que iria á la ciudad santa así que saliese de este valle de lágrimas. Maria esperaba con santo anhelo el cumplimiento de semejante promesa, y lejos de temer la sepa-

ración del alma y del cuerpo hubiera querido acelerar el término, aunque estaba tan cercano. Al día siguiente oyendo dar la hora que habia de ser para ella la última, dijo: Ya llegó el instante deseado: esta es la hora en que la reina del cielo fue ensalzada sobre todos los coros de los ángeles. Es preciso que la sierva siga á su señora. Diciendo esto descansó en el Señor, y quedó su cuerpo tan hermoso y despedia tan buen olor, que no se dudó que habia ido al cielo.

mo instante una fruicion anticipada de la gloria. Y como los demas religiosos hubiesen caido en tierra medio muertos, oyeron de nuevo la misma voz que decia: «Venid á ayudar, santos bienaventurados; salid á recibir, espíritus gloriosos, y escoltad el alma de aquel que me ha servido tan fielmente durante su mortal peregrinacion. Y vosotros, mis amados siervos, tomad el depósito que os deja, y enterradle con el honor que merece. Al oír estas palabras todos se recobraron y acercándose al cuerpo de su buen padre juzgaron de la gloria que su bendita alma gozaba en el cielo por el olor que de él salia, y por la hermosura extraordinaria de su rostro, en el que aparecia una gracia y una dulce sonrisa que robaba los corazones de cuantos le miraban.

El B. Amadeo.

VI. De allí á cinco años el B. Amadeo, el segundo de los siete fundadores, que habia hecho una vida santa en medio de grandisimos trabajos corporales y espirituales, murió como moriria un ángel si estuviera sujeto á la muerte. A la hora de su tránsito se inundó la casa del Monte Senario de un olor celestial, que mostraba claramente cuán agradable era aquella alma á Dios y á la Virgen, y se divisó una claridad que salia de su aposento é iba á perderse en el cielo.

El B. Bonajunta.

VII. En el año 1257 habia muerto el B. Bonajunta con una muerte no menos preciosa delante de Dios que la de los dos anteriores. Siendo general de la órden, un día despues de decir misa y sin haberse desnudado de las sagradas vestiduras llamó á todos los religiosos que habia en la casa de Monte Senario, y cual otro patriarca

Jacob les habló largamente de la caridad que debia de resplandecer en ellos, del incremento futuro de la órden y de la certeza que tenia de su próxima muerte. Luego comenzó á predicar la pasion del Señor, como si fuera la única herencia que queria dejarles, y cuando llegó al paso de la crucifixion, corrió de sus ojos una fuente de lágrimas, y sus continuos suspiros y gemidos profundos le embargaron el habla. Asi no pudiendo ya mas extendió los brazos como si hubiera de ser enclavado en la cruz con el Salvador, y en esta postura entregó el alma á Dios y á su santa madre, á quien habia servido tan dignamente.

El B. Maneto.—El B. Alejo.—El B. Sóstenes.—El B. Ugucion.

VIII. El fin de los otros cuatro no fué diferente del de los tres primeros. El B. Maneto, tercer general de la órden, murió con indecible gozo el año 1268. Del mismo modo acabó el B. Alejo á los ciento y diez años de su edad, de los cuales habia pasado setenta en la religion. Cuando espiraba se vió sobre su cabeza al Salvador en figura de niño, que le ponía una corona muy preciosa, y muchos ángeles en forma de pájaros blancos como la nieve revoloteaban al rededor. Los BB. Sóstenes y Ugucion caminando un dia y discurriendo á manera de los discipulos de Emmaus sobre los admirables progresos de su órden, la asistencia de la madre de Dios y el glorioso tránsito de sus padres y compañeros y suplicando á su dulcísima madre les concediese una buena muerte, oyeron una voz como si viniera de lejos, que les decia: «Ea, ea, hombres de Dios, acallad vuestros lamentos; que pronto terminarán vuestros trabajos y participareis del descanso de vuestros compañeros.» Estas palabras los llenaron de un santo horror mezclado de gozo y admiracion; asi es que prosiguieron su

viaje con cierto enajenamiento espiritual. Luego que llegaron al convento, les entró á los dos una ligera calentura, y en pocas horas fueron llamados al cielo para recibir en compañía de sus hermanos el galardón de sus afanes. Esto acaeció el año 1271, y en el mismo día en que murieron, vió Felipe Benicio que eran presentadas á la Virgen dos azucenas recién cogidas, las que explicó de los padres susodichos segun la vision referida en el capítulo XII del tratado primero. Al día siguiente por la mañana dió aviso á sus religiosos de la muerte de estos dos hermanos, y se halló haber ocurrido á la misma hora que él habia dicho.

S. Felipe Benicio.

IX. Aunque este bienaventurado siervo de María no fué de los primeros fundadores de la órden, mereció el nombre de tal por lo mucho que trabajó para confirmarla y propagarla: esa es la razon de hacer yo mencion de él en este lugar. Habiendo sabido Felipe por la Virgen el día de su muerte, que debia de ser el de la Asuncion, se encaminó á Tuderta, ciudad de la Marca de Ancona, donde habia de morir. Los piadosos habitantes que tuvieron noticia de su llegada, salieron á recibirle en triunfo con ramos de olivo y cantando himnos de alegría; pero el humilde siervo de Dios esquivó diestramente este recibimiento tomando otro camino, en el cual le hizo Dios la gracia de que tocara en el corazón de dos rameras y les infundiera amor á la castidad. La vispera de la Asuncion todos los que fueron á visitarle, creyeron que se les partia el corazón de dolor al ver deshecho en lágrimas á un varon tan santo como si fuera el mayor pecador del mundo. En aquel mismo día recibió el sagrado viático con tanta devoción, que parecia tener ya parte en el gozo de los bienaventurados: predijo mu-

chas cosas futuras, dió la paz á todos los asistentes y los mandó retirar. Llegado el día de la Asuncion y congregados en torno de él sus religiosos, que rezaron las oraciones propias del estado en que se hallaba, se oyó una voz que le convidaba á emprender el viaje eterno diciendo: Sus, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre mucho: entra en el gozo de tu Señor. No bien acabadas estas palabras, Felipe entregó su alma al Criador.

El B. Joaquin.—El B. Marino.

X. A estos juntaré el B. Joaquin, natural de Sena, que habiendo sido siempre devotísimo de la madre de Dios y teniendo desde la niñez la costumbre de ir á saludarla tres veces al día en su imagen de la Anunciacion fué amonestado por ella para que dejase lo que poseia en el mundo, y entrase en la órden de sus siervos. Mereció que se le apareciese cuatro veces nuestra señora, y despues de haber sido modelo de virtudes por espacio de treinta y tres años que vivió en la religion, estando el viernes santo en la iglesia de Sena cuando se cantaban aquellas palabras de la pasion: *Et inclinatio capite tradidit spiritum*; fue advertido de que se acercaba la hora de su muerte. A poco se llenó el templo de un resplandor extraordinario, y cuando desapareció, dejó de existir Joaquin para ir á gozar en el cielo de la vision del Salvador y de la virgen Maria.

XI. Pues que en el tratado cuarto he de hablar de la admirable invencion de ofrecerse a la virgen á título de servidumbre perpetua, que el amor sugirió al B. Marino, hermano del santo cardenal Pedro Damiano, referiré su dichoso tránsito segun testimonio de este último y de algunos otros escritores irrecusables. Hallándose á los últimos Marino de resultas de una calentura hética

comenzó pocos momentos antes de morir á sonreirse, luego se colocó en una postura respetuosa, y por fin volviéndose á sus parientes y amigos que estaban en el aposento, les dijo: «¡Qué! ¿no os levantais á hacer una reverencia á la madre de Dios, mi reina y señora?» Al punto dirigiéndose á esta añadió: ¿Cómo te dignas, oh reina del cielo y de la tierra, de hacer á tu pobre siervo la merced de visitarle con tanta bondad y majestad? Mas ya que has querido recompensarme con esta visita, te suplico humildísimamente no te vayas sin echarme tu santa bendicion y asegurarme que el resplandor de tu sagrada faz, que he merecido ver antes de mi muerte, me preservará de las tinieblas eternas.» Al concluir estas palabras llegó su hermano Pedro Damiano, que acababa de decir misa é iba á informarse de su estado. El enfermo en vez de responder á lo que se le preguntaba, comenzó á darle quejas de la poca devocion de los asistentes, que no se habian dignado de levantarse delante de la emperatriz del cielo, y especialmente de la descortesía de Bonizo, rico mercader, que habia permanecido sentado mientras duró la visita de aquella soberana señora. Habiéndole dicho Bonizo que la violencia de la calentura le hacia delirar, respondió Bonizo: Nada de eso; es un gran error. ¿No se sabe que los que padecen la enfermedad de que yo muero, no estan sujetos al delirio? Tú quieres paliar con esa evasiva la dureza de tu corazón, que harias mejor en ablandar. Lo digo de nuevo con todas veras, ya que para bien tuyo me veo forzado á publicar los portentos del cielo: la reina de los ángeles mi bondadosa madre se ha dignado de recrearme con su visita, y habiéndome bendecido y convidado á seguirla ha desaparecido. Dichas estas pocas palabras, espiró Marino, y los asistentes quedaron atónitos y gozosos.

Israel, hermano de santa Brigida.

XII. Indisculpable sería mi silencio, si yo omitiese la relacion de la dulce muerte del devotísimo y animosísimo Israel, de la familia real de Suecia y hermano de santa Brigida. Elegido este ilustre varon por la madre de Dios para capitán de las tropas que levantaba el rey de Suecia contra infieles, recibió un refuerzo del cielo por la mediacion de la misma Virgen, la cual prometió á santa Brigida servirle de guia y hacer respetable su nombre en el cielo y en la tierra; de suerte que todos confesasen que habia acometido generosamente aquella empresa y habia servido á Dios con fidelidad. Añadió que ella cuidaria de Israel y le atraeria á sí por un camino en que no pensaba; pero que seria el mas conveniente á su salvacion. Así se cumplió puntualmente, porque habiendo salido el caudillo sueco con sus tropas para pelear contra los infieles, al cabo de algunos años llegó á la ciudad de Riga en Alemania, donde cayó enfermo y conoció por secreto instinto que no sanaria de aquella enfermedad. Dirigióse pues á la iglesia con algunos criados, y postrado ante una imágen de la Virgen muy célebre por sus milagros se sacó del dedo un rico anillo y se le puso á nuestra señora diciendo: Tú eres mi madre y protectora y me has dado innumerables pruebas de tu amor y bondad: por tanto me echo en cuerpo y alma en brazos de tu amorosa providencia y te suplico en esta necesidad socorras con particular esmero á tu mas ruín, pero mas amante siervo. Dicho esto se volvió á su casa, donde fortalecido con los santos sacramentos de la iglesia murió con tan singulares sentimientos de piedad, que dejó edificados y absortos á todos los asistentes. Por la misma época se apareció la Virgen á santa Brigida y le dió noticia de la

muerte de su hermano asegurando que no habia sido de aquellos que la aman á medias, sino que la habia querido de todo corazon, en señal de lo cual habia recibido ella el anillo ofrecido por Israel: que habia muerto fuera de su patria por una especial providencia, habiéndolo dispuesto así nuestra señora para que las lágrimas y caricias de los suyos no le ablandasen el corazon y le impidiesen de partirse de este mundo con toda la generosidad propia de un caballero cristiano.

Santo Domingo.

XIII. ¿Quién se atreveria á esperar la bondadosa asistencia de la Virgen en la hora terrible de la muerte, si no la hubiese experimentado santo Domingo, uno de los siervos mas queridos y de los mas íntimos confidentes de aquella señora? Sabemos por S. Antonino (1) que esta amorosa madre asistió con su divino hijo á la muerte del santo, y que á la misma hora de ocurrir el prior del convento de Brescia, hombre piadoso y espiritual, quedó sumergido en un sueño muy apacible, durante el cual vió una abertura en el cielo, por la que se hacian pasar dos escalas blancas como la nieve. El Salvador tenia una y la Virgen otra, y no cesaban de subir y bajar por entrambas espíritus bienaventurados. En la parte superior de ellas divisó á un religioso con hábito de santo Domingo sentado en un púlpito; pero no pudo conocerle, porque tenia el rostro tapado. El Salvador y su santa madre tiraban hácia arriba las dos escalas y juntamente al que estaba sentado en ellas, y cuando pasaron la abertura, se cerró el cielo y desapareció la vision. Cotejando luego la hora se halló que era la

(1) Part. 3, tit. 4, cap. 4, §. 44.

misma en que el santo patriarca habia pasado á mejor vida.

S. Antonino.

XIV. La razon pide que tras de él hablemos de alguno de sus hijos. El primero será el santo arzobispo de Florencia. Dicese en su vida que cuando estaba luchando con la muerte, se le apareció la Virgen y le alentó: él al verla prorumpió en estas cariñosas expresiones, con que la iglesia acostumbra saludarla: «Virgen santa é inmaculada, no sé con qué alabanzas pueda yo expresar tu gloria.»

S. Jacinto.

XV. El segundo será S. Jacinto, canonizado por el papa Clemente VIII el 17 de abril de 1599. Poseia en tal grado la gracia y valimiento de María santísima, que esta señora empenó un dia solemnemente su palabra, segun queda dicho en otro lugar (1), de que cuanto pidiese á su hijo por su mediacion, lo conseguiria. Ella le llevó de esta vida á la eterna el dia de su Asuncion para hacerle participante del honor que recibe en el cielo en dicho dia, y le consoló con su presencia antes de la muerte. En el instante de espirar Jacinto vió una virtuosa doncella gran muchedumbre de virgenes, y la que parecia reina entre ellas, tenia de la mano á un religioso de santo Domingo y entonaba este motete con voz muy agradable: «Yo subiré al monte de la mirra y al collado del incienso con el bienaventurado Jacinto.» Y habiendo preguntado la doncella á un ángel quién era aquella gran señora y el religioso, le fué respondido: Es la madre de misericordia, que lleva al cielo el bienaventurado Jacinto.

(1) Cap. 4, §. 4.